

DISCURSO SR. MINISTRO DE EDUCACION EN LA CONFERENCIA CLACSO

Santiago, 25 de noviembre 1991.

Se me ha pedido hilvanar algunas ideas que tienen el nombre un tanto pomposo de conferencia. Quisiera más bien compartir con ustedes algunas reflexiones, como chileno y a título personal. Durante ocho años de mi vida fui miembro del Consejo Directivo de CLACSO. Asumí ese cargo en un momento en que todos pensábamos que conocíamos la verdad; en un momento que teníamos clara la utopía que íbamos a construir, la sociedad a la cual queríamos llegar. Tal vez la certeza de nuestras verdades nos llevó a una situación tremendamente difícil y, al menos aquí en Chile, a un enfrentamiento violento. La pérdida de nuestra democracia en buena medida fue resultado de creer tan a fondo en nuestra certeza. Ese fue el momento en que comenzamos a conocer la solidaridad, como aquí lo ha recordado Gabriel Valdés. Al hablar acá, quiero hacerlo ^{mucho más} como alguien que participó en la construcción de esta aventura que fue el Consejo Latinoamericano, que en mi calidad de Ministro de Educación de Chile.

Lo quiero hacer porque creo que la realización de esta Asamblea en Chile es consecuencia de que fuimos capaces de conquistar para nuestro país la democracia. Quisiera entonces decir, bienvenida Asamblea de CLACSO a Chile, bienvenida democracia a Chile.

Recuerdo aquellos años en que se produjo un gran debate en el seno de la asamblea de CLACSO, la que tuvo lugar en Maracaibo. Allí, como una forma de solidaridad con Chile, ante la realidad que vivían las ciencias sociales -los centros que se cerraban, los académicos que emigraban al exilio- se planteó en qué medida los centros que funcionaban en Chile tenían derecho a seguir siendo miembros del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales. Algunos pensaban que era necesario cancelar la participación de los centros chilenos. Fue un momento muy crucial en la institucionalidad de las ciencias sociales. Ahí estaban los representantes de las ciencias sociales de América Latina, discutiendo si los centros miembros de un país podían o no participar como resultado de la dictadura que había en ese país, y en qué medida esos científicos sociales, a los que les era permitido subsistir, estaban convalidando una situación de dictadura. Con muchos de los que aquí están hoy, participamos en ese debate. Señalamos que los centros chilenos tenían que seguir participando de CLACSO, a pesar de las difíciles condiciones y no obstante que muchos habían sido impuestos por la dictadura, como directores de esos centros. Pero nos parecía que no podíamos negar un espacio a la creatividad, aún cuando hubiera condiciones de autoritarismo y dictadura, como los hubo en Chile. Entendíamos el propósito de expresar solidaridad con los chilenos que vivíamos fuera, pero entendíamos que era más importante la capacidad de mantener la luz del pensamiento aquí ^{dentro; que era posible pensar} ~~en Chile~~, a pesar de las ^{en Chile.} condiciones que había. Y los centros permanecieron en CLACSO y fueron surgiendo otros al amparo de la institucionalidad oficial. Fue en estos centros donde primero se plasmó la posibilidad de

entendernos, a partir de la duda que empezábamos a tener en nuestra certeza. Y fue allí, donde se comenzó a incubar una propuesta comprensiva de futuro para Chile, la que en definitiva encontró un respaldo nacional, significó la derrota de la dictadura, y permitió que ahora estemos aquí, en este lugar, en Chile, en democracia y en lo que fue el antiguo salón del Congreso Nacional.

Fue un largo camino, en el que el cientísta social latinoamericano, a diferencia del de otros países, fue capaz de imbricarse directamente con las demandas de la sociedad latinoamericana. Y eso es lo que quiero reivindicar esta mañana. Es cierto que hubo academia, hubo seriedad científica, pero hubo también pasión a partir del drama colectivo que vivimos como continente. En torno a eso quisiera hoy día hilvanar algunas ideas.

EL FUTURO

El siglo XXI de América Latina es el tema de esta reunión. Tal vez valga la pena partir entonces, de lo que planteara García Marquez, nuestro gran Premio Nobel, cuando se pregunta si las estirpes que conocieron Cien Años de Soledad tendrán una segunda oportunidad; si estas estirpes podrán volver a construir. Quiero pensar y quisiera responder desde la perspectiva de nuestro más reciente Premio Nobel, Octavio Paz. El nos dice que cada sociedad tiene y vive su propia modernidad. ¿En qué consiste, entonces, esta segunda oportunidad y de qué forma seremos capaces de construir ahora nuestra propia modernidad? Y ante estas preguntas, no puedo dejar

de señalarles a ustedes mi inquietud por cierta autocomplacencia que parece imperar en tantos sectores del continente, en medios oficiales, intelectuales y tecnocráticos, respecto de nuestra realidad y de nuestro futuro. Tanta autocomplacencia no está a la altura del rol de un cientista social. Pareciera que se acabaron -y se acabaron- los tiempos de los grandes proyectos ideológicos globales; se desmoronó la ilusión de construir un mundo alternativo; desapareció del horizonte cualquier utopía revolucionaria o que parezca tener un atisbo de tal. Con la democracia política, que representó la ganancia real de la década de los 80, y con la verdad indesmentible del capitalismo como nuestra realidad, aparece entonces la economía de mercado, la economía abierta. Se piensa que a partir de allí está todo definido. A partir de allí podremos recuperar parte de la década perdida de los 80, enfrentar esta década de los 90, el próximo siglo y el nuevo milenio. Accederemos a la modernidad. Será casi el fin de la historia. Los países que no se pliegan a este cuadro, quedarán marginados y serán definitivamente inviables. Ese parece ser el ambiente que permea ahora nuestra realidad. Quiero decir que me preocupa esa visión. No por el diagnóstico involucrado, porque respecto de muchos de los temas hay un consenso, son hechos de la realidad, sino por la extraordinaria simplificación que ello conlleva: simplificación teórica, simplificación histórica, que no está a la altura de lo que el hombre ha caminado en la tierra y que nos permite asomarnos al próximo milenio. Este creo que es el tema central hoy de los cientistas sociales.

x

Si nos preguntamos, por qué destruimos el sistema democrático, cómo surgieron los sistemas burocráticos autoritarios, cómo recuperamos el sistema, yo quisiera ~~que hoy la reflexión se centrara en tres grandes temas que quiero~~ compartir con ustedes.

Tres puntos de vista

X

DEMOCRACIA

Primero, la democracia. Es cierto que con escasas excepciones hoy los países de América Latina parecen haber culminado transiciones democráticas, desde regímenes autoritarios, o han realizado una democratización política desde regímenes proto o semidemocráticos. Hoy miramos con una cierta satisfacción la geografía política del continente. Pero todos sabemos que el que no se perciba clara una alternativa autoritaria o el que casi como un ritual hagamos elecciones -y por cierto que son muy importantes- no significa que no haya problemas cruciales aún sin resolver.

Está sin resolver el tema de la extensión de la ciudadanía a vastos sectores sociales y étnicos que no están integrados. A lo mejor votan casi mecánicamente, pero sabemos que no son ciudadanos en el sentido pleno de la expresión. Miramos nuestro continente, miramos nuestros países y sabemos que no existe la constitución de sistemas partidarios realmente representativos y arraigados en la sociedad. Sabemos que una democracia plena se expresa a través de corrientes de opinión, con raíz, con banderas que tienen una expresión más permanente que el caudillo de turno. Excúsenme que quiera hablar como simple ciudadano y no como ministro: ¡En cuántos países

nuestros sus partidos políticos no son sino una expresión de un caudillo momentáneo ~~que~~ se extinguen con él! No se hace democracia si no hay partidos políticos sólidos. Eso es Europa: no sólo elecciones cada cierto tiempo. ¡Cuánto nos falta por avanzar en ese camino!, ¡cuánto nos falta por avanzar en la generación de mayorías de gobierno que aseguren representatividad, gobernabilidad y estabilidad de las políticas públicas!. Y vemos como nos vamos de un plan a otro plan; de una estabilización a otra estabilización; los ministros entran y salen. ¿Cuánta fuerza hay detrás de políticas públicas que en definitiva no son expresión de agrupaciones políticas sólidas y consolidadas que ejercen como mayoría y son gobierno, ejercen como oposición y son minoría?. Esto no existe en nuestro continente. Entonces ¿dónde esta la complacencia de la democracia recuperada? Por cierto que la hay, porque hoy tenemos la seguridad de que hay un respeto a los derechos humanos, hay un respeto a los términos más esenciales, pero eso no puede darnos pábulo a pensar que hemos conquistado estabilidad democrática. ¿Dónde está la descentralización del poder a través de espacios locales y funcionales que hagan cotidiana la experiencia de participación democrática? Sabemos que con un grado de centralismo exacerbado, no hay una participación real. ¿Cuán consolidada está aquí en Chile la subordinación institucional efectiva del poder militar al poder político? Sabemos que es un tema que está pendiente, que hay que tratar con mucho cuidado. *Si, creo que este es un tema pendiente y real.*

en Chile y en varios de nuestros países: un régimen presidencialista exacerbado, que contribuye a exagerar la polarización de la lucha política, porque con una presidencia que es la plenitud del poder y

con un rol tan escaso para el parlamento, cada cuatro, cada seis o cada ocho años pareciera que nos estamos jugando todo. La estabilidad de un proceso democrático tiende a verse fuertemente alterada, como resultado de estos hechos que están allí, que los conocemos, pero donde tenemos una clara percepción que no hemos sido capaces de afincarlos. Si no afincamos ~~los~~ consolidamos estos temas, podemos tener la complacencia de una democracia recuperada pero tremendamente incompleta en las tareas por realizar. Junto a ello, en este ámbito de la democracia política, está el tema de la irrelevancia que, a juicio de muchos, empiezan a adquirir las instituciones democráticas para cumplir ciertas funciones propias de todo régimen político, y el procesamiento de esas funciones ~~son~~ a través de los poderes fácticos que contribuyen en definitiva a descomponer un sistema político. En otras palabras, esas instituciones que hemos construido y reconquistado, ¿en qué medida estamos en condiciones de incorporarlas de una manera efectiva y real a aquello a lo cual son llamadas?. Creo que, habiendo superado el ciclo autoritarismo-democracia, estamos muy lejos de solidificar una democracia política, y esta es la primera de las tareas que en este ámbito tenemos para ésta y las próximas décadas.

x

x

x

MODERNIZACION

En segundo lugar, creo que no habrá una consolidación de la democracia si no nos abocamos con seriedad al tema de los procesos de modernización y democratización social, que integren en una sola sociedad diversificada y plural los diversos mundos civilizatorios de

nuestros países, algunos de los cuales parecen condenados al dualismo, a la pérdida de su identidad y a una gran inviabilidad como resultado de estos fenómenos.

El primero de los fenómenos ha sido señalado acá. Se refiere a la pobreza y marginación de millones de seres humanos de los beneficios mínimos de la civilización, lo que algunos han calificado como el gran escándalo moral de nuestro continente. Hoy sabemos que además del crecimiento del producto necesitamos, para resolver este problema, capacidad, audacia y generosidad para enfrentar los cambios que se requieren. ^{Hoy sabemos que} La marginación y la pobreza no es un tema que puede resolver ^{el} "chorreo económico". Porque no es así hoy en Estados Unidos. Pero allá, que no tienen los temores ni el ideologismo que nos ha entrado acá, lo dicen derechamente.

El segundo tema es el tipo de modernidad a que aspiramos. Sobre este tema me parece que hay demasiada superficialidad y banalidad, y una cierta infatuación al pensar que sólo ahora estamos encarando nuestra modernidad y que ella está identificada con un determinado proceso de modernización, y con un sólo instrumento que es el mercado. Digámoslo claramente: estamos en la tarea de la modernidad desde décadas y siglos, y ella no se confunde con las formas de modernización de otros contextos históricos. Es cierto que hemos vivido una modernización exógena, ¿Qué lugar del mundo no ha sido así? ¿En qué lugar del mundo la modernización ha sido estrictamente endógena? Pero los elementos exógenos tienen que estar imbricados en un gran y con un gran mestizaje cultural, que es

el signo de nuestra identidad, con elementos que son propios nuestros. Nuestra identidad es esta fusión original y nuestro desafío, ante el agotamiento del modelo de modernidad que se identificó a la sola racionalidad instrumental y al imperio de la razón y el progreso, es la adecuada combinación entre la racionalidad instrumental a la que no renunciamos, y la racionalidad expresiva y comunicativa. En esta combinación radica nuestro modo de inserción y nuestro aporte a la humanidad. Tenemos entonces que definir nuestro propio esquema de lo que entendemos por modernidad. Por cierto, no hay modernidad. en Chile cuando se habla de la revolución silenciosa de otrora, cuando pretenden modernidad con 5 millones de pobres. Se confunde la modernidad con la utilización de algunos instrumentos propios del adelanto tecnológico. Pero no hay modernidad si no somos capaces de dar cuenta cómo confluyen las influencias externas propias de nuestra incorporación a un mundo cada vez más sin fronteras, con lo que es nuestra propia realidad social, nuestras propias raíces. Lo decimos aquí en Chile ¡qué decir en otros países, donde la presencia de la raíz es tanto o más fuerte que la que tenemos acá!.

x

x

MODELO DE DESARROLLO

El tercer elemento que quisiera compartir con ustedes es que junto con conquistar la plena democracia política, asegurar la democratización e integración social y cultural de nuestras sociedades, y desarrollar nuestros propios conceptos de modernidad, tenemos que encarar nuestra forma de inserción en un mundo

transnacionalizado. Me estoy refiriendo a algo de lo cual se habla tan poco hoy día: al modelo de desarrollo.

Aquí de nuevo se nos quiere imponer la visión de que está todo resuelto y que es cuestión de aceptar entonces el papel irrestricto del mercado. Hay que privatizar y basta con definirnos como economía abierta para tener automáticamente definido el modelo de desarrollo. Nada más que discutir. Tal vez algún modelito econométrico que nos pueda permitir saber qué pasa con nuestras exportaciones y cuál es la elasticidad de las mismas, y como entonces nuestras exportaciones dependen del mayor o menor crecimiento que se dé en los países del norte. Ese no puede ser el aporte de una economía. Aquí se vuelven a identificar los problemas y sus soluciones con una mera enunciación de instrumentos. El modelo de desarrollo nuestro, acá en América Latina, no está definido. El mercado y la economía abierta son definiciones básicas, ineludibles, pero no basta con ellas. No definen tampoco un modelo de desarrollo, que supone un modelo distributivo, la forma de organización social y del trabajo, la forma en que incorporamos el conocimiento científico y tecnológico. Creo que estamos muy lejos de haberle dado una proyección y un contenido a nuestra afirmación del modelo de acumulación de mercado y economía abierta. Creo que estamos muy lejos de haber sacado las consecuencias últimas, si entendemos que hoy los instrumentos que vamos a usar son un arancel bajo porque el mundo en lo económico pasa a ser un mundo sin fronteras. Tenemos que ser capaces de definir a lo menos dos tareas fundamentales como Latinoamericanos.

EDUCACION Y COMPETITIVIDAD

La primera, es que no existe capacidad real de inserción hoy en un mundo sin fronteras, donde tendremos que competir, si no abordamos el tema de que en definitiva sólo se compite cuando se exporta materia prima más conocimiento agregado. En consecuencia, lo que está hoy en competencia es el conocimiento, es la tecnología que se acumula en el producto que se envía afuera, es el servicio que se dá. Y todo eso es conocimiento, y conocimiento es saber, y saber es educación. Lo que está en competencia, en último término, son sistemas educativos que van a determinar la capacidad real de insertarnos en un mundo que no tiene fronteras. Eso explica por qué los Estados Unidos miran con aprensión el fenómeno japonés. Y cuando bus^can explicación a su pérdida de competitividad en la década de los 60, cuando Hendrix, *después de hacer los estudios sobre la competitividad de* determina que primero es el factor llamado tecnológico y después, más atrás, descubre que es el sistema educativo el que está marcando la diferencia entre el éxito y el fracaso de Japón y Estados Unidos. Eso explica por qué hoy en Europa el gran tema es la educación y no otro.

Eso entonces nos plantea el tema más profundo: cómo organizamos nuestra sociedad latinoamericana si entendemos que nuestros sistemas educativos serán, en último término, lo que nos va a dar nuestra capacidad de inserción. Hay terrenos en los cuales podemos ser complacientes. Podemos efectivamente decir que hemos tenido una gran expansión de nuestro sistema educativo en términos

cuantitativos; pero es cierto también, que hemos constatado una tremenda diferencial de nuestros sistemas educativos al interior de nuestras sociedades. Hoy en Chile y en buena parte de América Latina, todo niño de 6 a 10 años tiene un colegio donde ir. Pero no es cierto que por ese solo hecho, cada niño de América Latina tiene una oportunidad igual. Sabemos que hay una educación privada, pagada, de mejor nivel que la pública y también sabemos que no estamos aprovechando el capital humano real de nuestro país, cuando por este solo hecho, un número importante de jóvenes van al colegio pero devienen en analfabetos funcionales. Aquellos que creen que ya clavaron la rueda de la fortuna y que la historia se ha detenido ¿han sacado las consecuencias últimas que para nuestras sociedades tiene este instrumento -la educación- que implica la posibilidad de inserción al mundo, a la competitividad internacional y en un mundo sin fronteras?. Si no es así, la consecuencia será que estos países nuestros no van a competir con Japón, si allá hay 245 días de clases al año y acá hay 185; si allá hay un número de horas diarias de clases mucho mayor; si allá hay 10 ó 12 años de escolaridad obligatoria y aquí todavía nos conservamos con 8.

En suma, debemos asumir los desafíos y los costos de que nuestros sistemas educativos sean en definitiva los que estén en competencia. Cuando uno ve esta América nuestra dice: cuántos de los que están pontificando sobre lo importante de la privatización y el mercado aceptan asumir las consecuencias últimas de cómo organizamos nuestra sociedad para abordar éste, que es, en último término, el tema que nos va a permitir insertarnos en un mundo sin

fronteras. Es que uno percibe, entonces, que no hay un elemento real, profundo, sustantivo en sus enunciados; hay un simple aproximarse sobre instrumentos que casi no nos atrevemos a cuestionar. Y aquí yo digo: el cientista social no cumple su rol.

Recuerdo haber leído hace muchos años a la Sra. Robinson, quien decía que había llegado a la conclusión que las profesiones de economista y de abogado eran las más conservadoras de todas. La primera, porque su rol era fundamentalmente explicar por qué había que estructurar las instituciones y darles una cierta legalidad para que funcionen, a partir de lo que existe, por cierto. Hasta que llegó el economista y lo hizo mucho peor, porque lo que hizo fue explicar por qué, lo que en este momento está funcionando está acorde con las leyes de la economía. Decía la señora Robinson que era tremendamente difícil para el economista tratar de imaginarse cómo debiera funcionar un sistema económico futuro y tener capacidad de imaginación y de futuro y no sólo de explicar porque el presente funciona tan bien. A ratos, cuando uno ve en lo que ha devenido la profesión de economista en muchos sectores de América Latina no puede menos que recordar a la señora Robinson.

PAPEL DEL ESTADO

He tratado de hacer un par de veces el ejercicio de lo que era la Europa del 55 y lo que es la América Latina del 91. Hagamos el ejercicio del Grupo de los Ocho ¿cuál es nuestro producto per cápita? ¿cuál era el producto per cápita de la Europa del 50 o del

60? hay poca diferencia. Veamos la producción de acero en la Europa de los seis y del Grupo de los Ocho. Poca diferencia. Podemos seguir tomando indicadores ¿qué quiero decir con esto?. No es que crea en la teoría de la etapas de Rostow, ni crea en explicaciones lineales, porque venimos de vuelta de ellas. En la Europa de los 50 hubo una definición de dónde querían llegar. Si en la Europa de los 50 se hubiera dicho: 35 años después, el 92, usted va a estar aquí, hubiera parecido tremendamente utópico. Hubo voluntad política y **hubo economía de mercado**. Allí hubo una decisión política de cómo utilizar el gobierno y el aparato del Estado para construir una Europa común y desde allí enfrentar un mundo en ese momento bipolar. Hoy nos da un poco de vergüenza plantear la integración en nuestros conciliábulos. Tanto se abusó con la retórica de la integración que ahora mejor no la tocamos, pero bien sabemos que, o hablamos con una sola voz o no somos capaces de hablar. En tanto cada país crea que modernidad consiste sólo en descubrir el nicho de las exportaciones que va a poder colocar en Europa, Estados Unidos o en Japón, creo que estamos profundamente equivocados. Si no hay una voluntad política de decir cuáles son las condiciones reales a partir de las cuales empezamos a construir, me parece tremendamente difícil que haya un grado de imbricación real de esta América Latina en ese otro mundo. Es aquí donde vuelve a hacerse presente un tema que se ha querido despachar con absoluta facilidad: el tema del Estado. Ese tema que tanto nos preocupó en el 50 y en el 60 y que a lo mejor por ello no se quiere tratar. Yo quisiera hacer una afirmación tajante: no hay desarrollo en este siglo, ni creo que lo habrá en el próximo, sin un rol activo del Estado. El problema no es entonces

X

exclusivamente el de la reducción, privatización o desmantelamiento del Estado, sino también el de su reforma en el sentido de su descentralización, su modernización, su agilización y sus mecanismos de participación. Pero el Estado, como expresión social, esta ahí y va a ser la palanca indispensable, como lo ha sido en todos los grandes procesos de la historia, por cierto en Estados Unidos, en Europa y en los países del Asia encabezados por Japón. Es cierto que plantear descentralización, plantear un estado moderno, ágil, implica un cambio profundo en la relación entre Estado, sistema político y el conjunto de la sociedad y los actores sociales. Cambio en el sentido del triple fortalecimiento autónomo de cada una de estas esferas, en el sentido del control de un Estado fuerte por parte del sistema político y de éste por parte de la sociedad y los actores sociales. Es cierto que tenemos que establecer una relación que nos vuelve al punto original, al sistema político, pero yo creo que a pesar de los errores que se han cometido desde el Estado, no se puede pretender construir una América Latina sin Estado. Creo que es un rol del cientista social definir cuál es la naturaleza de ese Estado a la altura de los desafíos del futuro. La resolución adecuada de este triple desafío que tenemos, con sus complejidades, constituye la segunda oportunidad de la que nos hablaba García Márquez; la segunda oportunidad aquí, en la tierra y en la construcción de nuestra propia modernidad en la América Latina de hoy, que plantea por cierto desafíos a la acción política, pero también plantea desafíos a las ciencias sociales.

LA POLITICA

Respecto a la acción política, digamos que actuar en política a partir de las tareas indicadas -y no de modelos ideológicos que nos definen la arquitectura utópica de una sociedad o de modelos históricos predeterminados- constituye una mutación de nuestra propia cultura política. Antes queríamos saber claramente adónde llegábamos. Esas certezas han desaparecido y hacen que el accionar político sea más difícil. Quedaron atrás los mesianismos de Estado, los mesianismos populistas, si señor. Dije una vez que me parecía tan peligroso para la democracia un General con ganas de volver al poder perdido, como un Ministro de Hacienda con tentaciones populistas. Ambos ponen en peligro el sistema democrático. Pero creemos que ahora es más difícil el accionar político porque lo estamos haciendo a la intemperie de los mitos, de las utopías y de las percepciones que nos desgarraron por muchas décadas. No hay una guía o una brújula preestablecida, lo que obliga sin duda alguna a buscar un grado de entendimiento y consenso mayor del que pensamos en el pasado. Pero buscar consensos no quiere decir renunciar a lo que son nuestras ideas.

En este sentido, creo que hoy día tenemos que reconocer que la lucha por la igualdad no resuelve la lucha por la libertad. Esa es la gran lección del siglo XX que llega a su fin. Ninguna de las dos aseguran de por sí el éxito en la lucha por la identidad y la independencia nacional en este mundo transnacionalizado que estamos viviendo. Hoy día la gente no aspira solamente a mínimas cuotas de igualdad, libertad o independencia nacional, sino también se aspira a la

felicidad, no como expresión de una explosión individualista, sino como una nueva forma de tomar conciencia del yo y del nosotros a la vez. Para todas estas tareas y estas luchas no aparecen hoy día adversarios definidos de antemano, así como tampoco hay sujetos privilegiados y portadores de la liberación individual y colectiva. Ello cambia radicalmente el sentido que en el pasado le dimos a la política. No hay grupos portadores de la verdad. Tampoco hay grupos antagónicos a los cuales hay que exterminar. Llegamos a fines del siglo XX sin haber resuelto el difícil equilibrio entre igualdad y libertad, en último término valores permanentes a los que han movido a la humanidad. Tal vez no lo resolvamos nunca, pero como científicos sociales tenemos que dirigir nuestra reflexión en la búsqueda de esta resolución y este equilibrio. Ha habido cambios muy grandes en el campo de las ciencias sociales. Cuando en el 92 se celebren los 25 años de CLACSO estaremos celebrando la consolidación de una institución que según los estándares Latinoamericanos ha vivido un largo plazo, 25 años; pero también, estaremos constatando cómo el mundo en el cual nacimos como científicos sociales, prácticamente ha desaparecido. El mundo en el cual Seymour Lipset nos dijo que la democracia política llegaba como resultado del desarrollo económico y nos estableció casi una relación estrecha entre ingreso per cápita y nivel de democracia del país. En donde luego, se nos dijo por algunos, a través de las etapas del crecimiento económico, que bastaba llegar a determinados niveles de inversión para que automáticamente se produjera el despegue de nuestras sociedades. Recuerdo que algunos hasta le pusieron fecha al despegue, como ocurrió en un momento en que en este país sólo algunos podían hablar

y un diario matutino hizo un gran titular señalando: "Ayer se inició el despegue". Habíamos logrado el X% de inversión sobre el producto. Para aquellos que en ese tiempo tenían alguna inquietud por los niveles de igualdad llego Kustnett. En ese artículo del 61, que fue su discurso presidencial en la Asociación de Economistas norteamericanos, y nos explicó con tanta claridad que no había que preocuparse; que cuando se inicia el proceso de desarrollo se agudizan primero los grados de desigualdad en la distribución del ingreso, pero a poco andar, como resultado de factores sociales, se empieza a producir y surgen de la propia sociedad las fuerzas que van a permitir un proceso en sentido inverso. Comienzan entonces grados crecientes de igualdad en la distribución de los frutos del esfuerzo productivo. Y ahí estaba, en un hermoso diagrama, el nivel de deterioro con una tremenda desigualdad en el ingreso de los países en subdesarrollo. Y también, por cierto, con alto grado de igualdad, los países escandinavos, los del norte europeo, que eran el futuro al cual llegaríamos tan pronto mantuvieramos la senda correcta del desarrollo. Era un mundo que nos estaba dado: tenga usted desarrollo, haga la inversión correcta, va a tener un poco de desigualdad en el ingreso, pero a poco andar las fuerzas propias del sistema lo van a hacer mas igualitario y cuando llegue a cierto nivel de ingreso per cápita, la democracia va a coronar este hermoso discurso. Estoy haciendo caricatura, pero esa fue la percepción predominante en la década de los sesenta. Comenzaron algunas voces que nos dijeron: cuidado parece que eso no se dá así en la región; otras que dijeron: hay algo que se llama dependencia. palabra que ahora no se debe mencionar, me han explicado que ya no está "in" en

las ciencias sociales, pero era la forma de empezar a explicarnos que a lo mejor no se daban en las teorías de Lipset y Kustnett y de tantos otros. Lo que quiero señalar, es que la caída de los paradigmas en las ciencias sociales, -porque los muros han caído también en las ciencias sociales- no puede ser reemplazada por el paradigma en el que, lo que es peor, se confunden los instrumentos con los elementos racionales que explican determinado modelo. Y aquí, yo creo que el cientista social está en deuda con América Latina. El cientista social fue determinante en la recuperación de la democracia. Creo que en esta asamblea lo debemos decir con orgullo, porque es parte de lo que construimos. Con orgullo, porque fue parte del drama que en un instante tuvimos en nuestros países. Porque la solidaridad fue una expresión humana, pero también hubo solidaridad porque se quiso mantener encendida la llama del pensamiento.

.....

Hoy podemos reunirnos aquí, sin temor. Hoy podemos reunirnos aquí no para pensar en lo que hicimos en los 25 años de CLACSO, sino para pensar cómo construimos los próximos 25 años de CLACSO. Si fuimos capaces de crear un espacio para el retorno a la libertad, y que la democracia campee en América Latina, hagamos un esfuerzo entonces, por dar nuestra propia respuesta. Ese es el rol del cientista social. Y a eso los quisiera invitar, porque creo que en último término, cuando las certezas se hacen más difusas, la palabra, el verbo, es lo que en definitiva se impone. Y palabra y verbo de los desafíos de hoy, son la palabra y el verbo que América Latina espera escuchar de ustedes.

Mucho éxito en vuestra deliberaciones.

Muchas gracias.